 Tiempo de lectura: 2 min.

Un grupo de profesores, todos ellos de éxito en sus respectivas carreras, se reunieron para visitar a su antiguo maestro.

Inmediatamente la charla se desvió hacia el estrés producido por los negocios y la vida en general. El profesor les ofreció café. Fue a la cocina y regresó con una gran cafetera y una variada selección de tazas.

Las había de porcelana, plástico y cristal, algunas lisas, otras decoradas, algunas de formas comunes y otras finamente estilizadas. En voz baja les dijo que eligieran una taza y se sirvieran café recién hecho.

Cuando lo hubieron hecho, el viejo maestro se aclaró la garganta y con mucha calma y paciencia se dirigió al grupo: “¿Os habéis dado cuenta de que las tazas que tenían mejor aspecto acabaron antes que las que eran sencillas y toscas? Esto es natural, pues todo el mundo prefiere tener lo mejor para sí mismo. Y esa es la razón de sus muchos problemas”. Y continuó: “Las tazas no cambian la calidad del café. De hecho, la taza sólo contiene, o cubre, lo que bebemos. Lo que a ustedes les interesaba era el café, no la taza; pero instintivamente buscaron las más bonitas. Pruebe a mirar las tazas de los demás. Ahora piense en esto: la vida es café. El trabajo duro, el dinero, la posición social son meras tazas, que le dan forma y soporte, y el tipo de taza que tengamos no define ni cambia en realidad la calidad de nuestra vida. Por lo tanto, si sólo nos centramos en la taza, no conseguimos disfrutar del café.

¡Disfrute del café! Las personas más felices no son las que tienen más, sino las que lo hacen bien con lo que tienen. Así pues, recuerde: viva con sencillez, en paz. Ame y compórtese con generosidad. Sea solidario y solícito. Hable con amabilidad. Deje el resto a Dios.

La persona más rica no es la que más tiene, ¡sino la que menos necesidades crea!